

El Lazarillo

Versión para teatro de
José Luis Ramos Escobar

Escena I
Canción 1

No hay libro, por malo que sea
que cosa buena no tenga
los gustos no son todos unos
en cuanto a comida refiera
si bien disfrutan algunos
otros chasquean la lengua
no debe echarse al olvido
lo que persona nos cuenta
deleite quizás contenga
y fruto sacar pueda della
por eso amigos presento
esta mi grosera historia
confío en que entretenga
pues sin haber sido santo
las fortunas de la vida
con peligros fui probando
comience ya el relato
presten todos atención
los actores a sus puestos
y que se levante el telón.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

Escena II

1. Canción: resume el nacimiento y primeros años de Lázaro

Al terminar la canción, la madre se acerca a Lázaro

Madre: Lázaro, como ves, soy una viuda madre, sin marido y sin abrigo. Ahora que estamos en la ciudad, y que vivimos del guiso que le doy a los estudiantes y de la ropa que le lavo a los mozos, conviene arrimarse a los buenos por ser uno de ellos.

Lázaro: Arrimarse a los buenos, por ser uno de ellos.

Madre: Así es, hijo mío.

Zaide: (fuera) ¿Señora, tiene huevos?

Madre: Oh, sí, sí...Lázaro, ve un rato al patio.
[Mientras sale Lázaro, entra el Zaide y la madre corre la cortina].

Lázaro: Yo no sé a que viene ese hombre, si aquí no hay gallinas. A veces viene de noche y no se va hasta la mañana. Yo, al principio, le tenía miedo, viendo el color y mal gesto que tiene...

Zaide: (sacando la cabeza por la cortina) Lázaro, toma. (Le lanza un pedazo de pan).

Lázaro: ...mas he ido queriéndole bien, pues con su venida va mejorando el comer y hasta trae leños en el invierno, a que nos calentamos. Y así conversando y conversando con mi madre, nos trajo un negrito muy bonito.

Madre: Lázaro, ven y cuida a tu hermanito. (Le da al bebé).

Lázaro: [Juega con el bebé, alzándolo y bajándolo]

KAC

8008/1004/81

9191811

10

Zaide: [Se acerca a ellos]. A ver, mi negrito, venga acá...
El bebé lanza alaridos de espanto.

Lázaro: Sh, no llores, bebé.... Es que se cree que es el cuco.

Zaide: [Riéndose]; ¡Hijo de puta!

Lázaro: (Mirando al bebé) ¡Cuántos deben de haber en el mundo
que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!

Entra el mayordomo, con sus ayudantes.

Mayordomo: Zaide, ha llegado a mis oídos y he hecho pesquisa, de
que la cebada que para las bestias te damos, la mitad
por medio, desaparece. La leña para el fuego, los
peines y bayetas para limpiar los caballos, las mantas
y sabanas, todo se pierde por la mitad y que viene a
parar a esta casa. ¿Qué dices, Zaide?

Zaide: Yo, señor, no...

Mayordomo: Calla, infeliz, que sé que lo negarás. Pero aquí
sacaré la verdad. A ver tú, mozuelo,
acércate... ¡acércate! (Lázaro le da el bebé a su mamá)

Lázaro: Sí, señor. (balbuceante)

Mayordomo: ¿Ha traído aquí el negro cosas de su trabajo?
¡Contesta!

Lázaro: El trae a veces, pedazos de carne y pan y leños.

Mayordomo: Y cebada, y mantas y peines, ¿verdad?

Lázaro: Sí.

Mayordomo: A ver, mozuelo y herraduras, ¿no has visto? Porque
hasta las bestias desherraba el Zaide cuando no
encontraba otra cosa.

Lázaro: ¿Herraduras, señor?

Mayordomo: Sí, herraduras. ¡Contesta!

Lázaro: Hace una semana, que por mandato de mi madre, vendí a
un herrero ciertas herraduras que trajo a la casa.

Mayordomo: Probado está. Apresen al negro y azótenlo y luego le
echan grasa caliente sobre las heridas. Y a ti mujer,
no entrarás más en esta casa ni al Zaide acogerás en la
tuya, so pena de los acostumbrados cien azotes que te
mereces. [Sale junto a sus ayudantes quienes arrastran
al Zaide].

Madre: Lázaro, no podemos echar la soga tras el caldero, así
que habrá que cumplir la sentencia. Evitemos el
peligro, hijo y vámonos lejos para quitarnos de malas
lenguas. (Caminan en derredor con cambio que luces que
señalan el paso del tiempo)

Canción: En el mesón de la Solano,
fuimos todos a morar
cocinaba nuestra madre
a los huéspedes sin par.
Mi hermanito se criaba
hasta que supo andar
buen mozuelo me hice yo
y me puse a trabajar

- trayendo vino y candelas
y lo que quisiera mandar.
- Ciego: (entrando) Una limosnita para el pobre ciego. En el nombre de Dios y de la Virgen, una limosnita.
- Madre: Lázaro, ayuda al señor, para que no tropiece. Abuelo, dinero no tenemos, pero un poco de comida, no se la negaremos.
- Ciego: Mujer, y este Lázaro, ¿es tu hijo?
- Madre: Hijo de mi corazón, abuelo.
- Ciego: Pues verás, hace tiempo que busco yo mozo que sea bueno para adiestrarle y éste parece dispuesto. ¿Qué te parece si me lo das por guía y compañía?
- Madre: Abuelo, si te interesa, te lo encomiendo. Mira que es hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, murió en expedición contra los moros. Confío en Dios que no saldrá peor hombre que su padre.
- Ciego: Así lo quiera Dios.
- Madre: Te lo encomiendo, pero te ruego, buen ciego, que lo trates bien y mires por él, pues huérfano es.
- Ciego: No faltaba más, mujer. Es más, lo acepto, no por mozo, sino por hijo.
- Madre: Lázaro, hijo, dame un abrazo. Ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto: válete por ti.
- Lázaro: Adiós, mamá.
- Madre: Adiós, hijo.
- Ciego: Lázaro, caminemos hacia las afueras, porque aquí la ganancia ya no es a mi contente. Guíame por la salida del puente.
- Caminan en círculo, luces indican paso del tiempo.
- Ciego: A ver, mozo, ¿estamos ya en el puente?
- Lázaro: Sí, tío.
- Ciego: Llega el oído a este toro, Lázaro, y oirás gran ruido dentro de él.
- (Lázaro acerca su oído al toro, el ciego le agarra la cabeza y le da una gran calabazada contra el toro).
- Ciego: (Riéndose) Necio, aprende que el mozo del ciego, un punto ha de saber más que el diablo.
- Lázaro: (Para sí). Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y estar alerta, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer.
- Ciego: Caminemos, Lázaro, nuestro camino. (Comienzan a caminar) Yo oro ni plata no te lo puedo dar, más avisos para vivir, muchos te mostraré.
- Lázaro: Me va a adestrar en la carrera del vivir, tío.

Ciego: Así es, Lázaro. Y verás cuanta virtud es saber los hombres subir siendo bajos, y cuanto vicio, dejarse bajar siendo altos.

Lázaro: Astuto es usted, tío, y siendo ciego, sé que me alumbrará.

Ciego: (Con trabajo, reposado y muy sonable).

Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo:
El que nació de Virgen esfuerzo nos dé, tanto
que siempre le loemos, en prosa como en canto;
sea de nuestras almas la cobertura y manto.

Lázaro, recoge aquí las limosnas y avisame quien viene.

Virgen del Cielo Señora
y del mundo mediadora
dignate oír al que implora;
sea en tus gozos ahora
mi voz la merecedora
de servirte.

Lázaro: Tío, aquí, viene una mujer.

Ciego: ¿Preñada?

Lázaro: No, flaca y chiquita.

Ciego: Hermana, escucha este canto de un siervo del Señor.

En pequeño jacinto yace gran resplandor
en azúcar muy poco yace mucho dulzor
en la mujer pequeña yace muy gran amor
pocas palabras bastan al buen entendedor.

Como en la chica rosa está mucho color
como en oro muy poco, gran precio y gran calor
como en poco perfume yace muy buen olor,
así, mujer pequeña guarda muy gran amor.

Mujer: Grandes verdades dices, buen ciego. (Echa limosna)

Ciego: Dios te guarde, hermana.

Lázaro: Aquí viene una pareja, tío.

Ciego: ¿Jóvenes o viejos?

Lázaro: Muy jóvenes.

Ciego: Escucha, joven galán, el mensaje de este pobre ciego y que el Señor me alumbró:

No abandones tu dama, no dejes que esté quieta
siempre requieren uso mujer, molino y huerta;
no quieren en su casa pasan días de fiesta,
no quieren el olvido, cosa probada y cierta.

Es cosa bien segura: molino andando gana,
huerta mejor labrada da la mejor manzana
mujer muy requerida anda siempre lozana;
con estas tres verdades no obrarás cosa vana.

Hombre: Sabio eres para ser ciego.

Ciego: Y pobre, muy pobre hermano.

- Hombre: He aquí, tu limosna, que bien te la has ganado.
- Lázaro: ¡Una preñada tío!
- Ciego: Feliz mujer en espera de dichoso parto, el Señor ha puesto en mí el don de pronosticar si ha de ser varón o hembra tu cría.
- Mujer: ¿De verás, buen hombre?
- Ciego: Claro, mujer de Dios. Acercate para que pueda sentirte. Barriga grande tienes.
- Mujer: Ya llevo ocho meses.
- Ciego: Y puntiaguda como espada filosa. Varón ha de ser, hermana, y hombre famoso por sus proezas en batallas.
- Mujer: ¡Varón! Que bueno, siempre he soñado con un varón.
- Ciego: Hermoso será, hermana. No olvides tu limosna, que el cielo te recompensa por tu bondad. [La mujer echa la limosna y se marcha].
- Ciego: Negocio hemos hecho, Lázaro. Retiremos a una esquina que tengo hambre.
- Lázaro: Muchos sabes, tío.
- Ciego: Galeno no supo la mitad que yo para muelas, desmayos, males de madre. Para todos los dolores y enfermedades conozco las hierbas que los quitan y las raíces que los curan.
- Lázaro: Aquí hay un buen sitio.
- Ciego: (Sentándose) Hijo, hoy te has ganado tu comida. (Abre su bolsa y le da un pedacito de pan. Saca para sí un buen pedazo).
- Ciego: Aprende, Lázaro, que a la gente hay que decirle lo que quieran oír. Así son más generosos en la limosna.
- Lázaro: (Que se comió el mendigo). ¿No hay más pan, tío?
- Ciego: Glotón andas hoy. No te conviene comer tanto, porque te darán pesadillas y te pones perezoso.
- El ciego saca un jarro de vino del fardel y bebe. Lázaro comienza a descoser el fardel.
- Lázaro: Buen vino ese, tío.
- Ciego: Pero no para los niños como tú; el agua es suficiente.
- Lázaro: Claro tío, tiene usted razón, como siempre. Y mañana, ¿a dónde iremos?
- Ciego: Mañana iremos a la iglesia, que tengo en la mollera oraciones para muchos y diversos efectos: para las mujeres que no paren, para las que están de parto, para las que son malcasadas que sus maridos las quieran bien, para todos.
- Lázaro ha logrado descoser el fardel y está atragantado de pan y longaniza.

Ciego: Callado estás, Lázaro, y bueno es porque así aprenderás rápido. A ver pásame el dinero que recogí hoy.

Lázaro: Aquí está tío. (Le da las monedas pequeñas y guarda las otras).

Ciego: ¿Qué diablos es esto, que después que conmigo estás no me dan sino monedillas, y de antes monedas grandes y un maravedí hartas veces me pagaban. En ti debe estar esta desdicha.

Lázaro ha aprovechado y se ha dado dos tragos del vino. El Ciego busca a su alrededor el jarro. Lázaro lo coloca cerca.

Ciego: ¿Dónde está el jarro del vino? Aquí está. (lo toma en peso) Livianillo andas; será mejor que no lo suelte, pues corre peligro. Oyeme, Lázaro, cuando esté rezando para alguien, enyéndose el que la mandaba rezar, me halas por el capaz, para abreviar el rezar, que es gran pecado desperdiciar los rezos.

Mientras el ciego habla, Lázaro busca una paja larga de centeno y la usa como sorbeto para chupar vino.

Ciego: Y ahora, a dormir. Un poco de vino endulza el sueño...algo raro hay, pues sin desamparar el jarro, el vino no está a salvo. Voto a Belcebú, si es esto obra del mismísimo diablo, maldita sea el jarro, el vino y mi vista si sé que pueda ser.

Lázaro: No dirá, tío, que se lo bebo yo, pues usted no le quita de la mano.

Ciego: Espantado soy, mejor es vigilar.

Lázaro: Tío, hace frío y la lumbre es muy pobre, déjeme calentarme entre sus piernas.

Ciego: Has, pues. (Comienza a canturrear una melodía olvidada, mientras sostiene el jarro en sus manos. Lázaro, desde su posición va haciéndole un agujero al jarro hasta que este comienza a gotear. Se acomoda para que le caiga en la boca. Lázaro entrecierra los ojos para mejor gustar el licor. (El ciego sigue cantando pero afina su oído pues le parece escuchar algo. Sin mover el jarro lo tantea con la otra mano hasta que encuentra el agujero. Disimula como si no lo hubiera encontrado).

Ciego: Lázaro, dice en la Biblia que los que esperan serán recompensados. Y como tu has demostrado como fías de los dulces tragos, sin que te guardes de esto, los tragos amargos también te llueven del cielo. (Le rompe el jarro en la cara) Maldito truhán, creías que no te sentía, bribón, mal nacido, bebe ahora del vino, bebe que el cielo te ha caído encima. (Le da coscorriones y le hala el pelo. Al sentirlo exánime comienza a reírse).

Ah! Lázaro, que cruel castigo para un glotón. Hasta los dientes se te han quebrado. Se lava la cara con vino que saca del fardel) ¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud. (Lázaro ha ido recuperándose, se levanta y mira al ciego con rencor).

No fue tan grande el jarrazo, hijo, pues en pie estás.
[El ciego se ha levantado y lo azota con sus varas].
[Entran los vecinos].

Vecina 1: Oiga, mal ciego, por qué trata tan mal al mozo?

Ciego: ¿Piensan que este mi mozo es algún inocente? Pues oigan si el demonio ensayara otra tal hazaña. Esta tan hecho al vino, que no se conformó con lo que le dí, sino que me ha dejado a oscuras, haciéndole un agujero sutil al jarrillo del vino, y metiéndose debajo, maldita la gota de vino que se perdía. Cuando este pobreto ciego iba a beber, no hallaba nada.

Vecina 2: (Santiguándose) ¡Mira quien pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad!

Vecina 1: Castiguelo, castiguelo, pues Dios se lo premiará. (El ciego azota a Lázaro, mientras salen las vecinas riéndose).

Ciego: Recoge todo, endemoniado, que debemos seguir, camina. (Lázaro recoge las cosas y lleva de la mano al Ciego. Lo mete por un camino muy pedregoso).

Ciego: (Tropezando) Grandísimo traidor. ¿Por qué coges el camino peor?

Lázaro: Le juro, tío, que no lo hago con malicia, sino por no hallar mejor camino.

Ciego: Bien conozco yo a los de tu calaña, fementido. (Le da con el bastón y con la rodilla). Vamos a caminar, engendro de Satanás que a Toledo hemos de llegar, donde buena acogida y ganancia tendremos. Recuerda que más da el duro que el desnudo. (Caminan en derredor. Luces indican el paso del tiempo).

Ciego: ¿Cómo se llama este lugar, Lázaro?

Lázaro: Almorox, tío, y es el tiempo que cogen las uvas. (Le hala el capuz).

Ciego: Una lismonita, vendimiado, para que seas recompensado por el Dios Señor.

Vendimiador: Toma buen ciego, un racimo de las uvas del Señor.

Ciego: Gracias hermano. (Se va). Madura está la uva, y los cestos maltratados, y si la echo en el fardel se volverá mosto. Escucha, Lázaro. Ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que hayas de él tanta parte como yo. Partirlo hemos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño.

Lázaro: Bien lo haré, tío. [Comienzan a comer. Al segundo turno el ciego coge dos. Lázaro coge una, y el ciego, dos. Lázaro coge tres, el ciego dos...Acabado el racimo, el ciego meneaba la cabeza con el escobajo en la mano].

Ciego: Lázaro: engañado me has. Juraré yo a Dios que hasta comido las uvas de a tres.

- Lázaro: No comí, más, ¿por qué sospecha?
- Ciego: ¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callaba.
- Lázaro: (Se ríe para sí de la astucia del ciego).
- Ciego: Baladrón, levanta lumbre que una longaniza he que quiero me ases.
- (Lázaro recoge algunos palos y levanta lumbre. El ciego saca la longaniza del fardel).
- Ciego: Toma, Lázaro, ásame esta longaniza que hambre he.
- Lázaro: Sí, tío. (Lázaro se pone a asar la longaniza, los ojos se le tornan golosos y las babas se le salen).
- Ciego: Bien pensado, Lázaro, esa longaniza necesita vino para ser comida. Toma este maravedí y ve a la taberna por un poco de vino. Y cuidado con que el demonio te tiente y lo bebas, porque bien sé cuanto vino hay en un maravedí. (Se pone a buscar el maravedí).
- Lázaro: Desconfiado es, tío. (Levanta la longaniza y la huele. La tentación lo vence. Mira a todos lados y ve un nabo, lo coloca en el asador y toma la longaniza para sí). Aquí tiene el asador, tío, para que le siga dando vueltas al fuego.
- Ciego: Ve y no tardes. [Lázaro sale comiéndose la longaniza. El ciego tararea una canción mientras mueve el asador. Lázaro regresa con el vino, el cual prueba para bajar la longaniza. El ciego acerca el nabo a su nariz para asegurarse que está cocido. Lo sopla y muerde).
- Ciego: (Alterado). ¿Qué es esto, Lazarillo? ¡Un nabo!
- Lázaro: ¡Desgraciado de mí! ¿Si quieré a mí echar algo? Yo no vengo de traer el vino? Alguno estaba por ahí y por burlar haría esto.
- Ciego: No, no y no, que yo no he dejado el asador de la mano, no es posible.
- Lázaro: Le juro y le perjuro que estoy libre de este truco y cambio.
- Ciego: Truján, ven acá maldito. (Lo agarra por la cabeza y le huele el aliento, le mete la nariz en la boca, tanto que Lázaro le vomita la longaniza encima. El ciego se enfurece y lo golpea y lo pateo).
- Ciego: Engendro de Satanás, con que la longaniza has comido: a hiel te sabrá, baladrón. (Entran dos vecinas y detienen al ciego).
- Vecina 1: Lo va a matar, perverso ciego.
- Vecina 2: La cara le ha aruñado y rasguñado el pescuezo y la garganta.
- Ciego: Más merece este malvado que sin vida quedara. ¿Saben su última hazaña? Lo puse a que asase una longaniza y la cambió por nabo para comérsela. Negole, pero mi buena nariz sintió el olor a longaniza en su boca. Y saben que hizo: vomitome encima la negra longaniza de mi alma. Y por eso, castigole.

Las vecinas ríen a carcajadas. Lázaro en una esquina dice para sí, lloroso:

Lázaro: Cobarde soy, por no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado. Con sólo apretar los dientes se me quedara en casa su afilada nariz. Plugiera a Dios que lo hubiera hecho, que lo mismo daba.

(Se le acerca una de las vecinas y le lava la cara con el vino que éste había comprado para el Ciego).

Vecina: Lavarlo es menester y el vino cumplirá la necesidad.

Ciego: (Con ironía). Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres en más cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida. Porque sabrán, vecinas buenas, cuantas veces descalabrado y arañado lo he por sus maldades y sinsabores que causado me ha. (Risas). Ya te digo, Lázaro, que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú.

Lázaro: Bien dices, tío. (Maldito seas).

Ciego: Levanta, hijo, que trabajo hemos. A caminar.

(Se repite el juego de luces. Baja la columna. Comienzan efectos de lluvia. Durante este tiempo Lázaro muestra su descontento y deseo de venganza).

Ciego: Lázaro: esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia. Acojámonos a la posada con tiempo.

Lázaro: Tío, el arroyo va muy ancho, mas si quiere, yo veo por donde atravesamos sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho y saltando pasaremos a pie enjuto.

Ciego: Discreto eres, por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se ensangosta, que agora es invierno y sabe mal el agua, y más llevar los pies mojados.

Lázaro: (Lo guía) Sigame por aquí, tío, para abreviar la lluvia. (Lo coloca frente al poste) Tío, éste es el paso más angosto que en el arroyo hay.

Ciego: Ponme bien derecho y salta tú el arroyo. (Lázaro lo coloca. Salta y se coloca detrás del poste).

Lázaro: ¡Sus! Salta todo lo que pueda porque quede deste cabo del agua. (El ciego salta con violencia y se estrella contra el poste).

Lázaro: ¿Cómo, y oliste la longaniza y no el poste? ¡Olé, olé!

(Al salir los vecinos, Lázaro escapa hacia el frente)

Canción: El relámpago del clérigo

Lázaro

Así escapé de aquel ciego
lumbre de todo lo malo
amo que enseñó de tiento
la carrera de vivir.
Me escapé pues del trueno

y vine a dar en el relámpago.
 Encontréme con un clérigo
 con avaricia sin par
 que si malo era aquel ciego
 a este nadie podía ganar
 Y aquí les paso a contar
 lo que con él me pasó
 las hambres que me regaló
 el clérigo de la maldad
 que no sé si por oficio
 por su hábito o por tal
 en los huesos me dejó
 a no ser por mi actuar.

(Entra con un bolso en la mano).

Clérigo: Si sabes ayudar a misa, te recibo por mío, mozo. Acompañame a casa, que ya he dicho misa por tres difuntos y hambre he.

Lázaro: (Restregándose las manos). Sí, mi señor.
 (Baja el armario, mesa y silla).

Clérigo: (Se dirige al armario y guarda el pan bajo llave)

Lázaro: (Para sí). Por aquí debe haber alguna cosa de comer: algún tocino colgado en la chimenea, algún queso puesto en alguna tabla, algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran. La vista dellos me consolará.

Clérigo: Mozo, en aquella cámara en lo alto de la casa, hay una ristra de cebollas. Dellas tendrás ración una para cada cuatro días. Como está cerrada con llave, pedírmelas has cuando el hambre te pique. Y ahora, hijo, toma estos tres maravedíes y ve a donde la vecina que, una cabeza de carnero me prepara, pues hoy es sábado. (Lázaro sale esperanzado).

El Clérigo saca pan y vino del armario y lo coloca en la mesa. Comienza a comer. Entra Lázaro con un plato humeante y lo coloca en la mesa. El Clérigo comienza a comer. Ve a Lázaro observándolo, saca la llave y le dice:

Clérigo: Toma la llave de las cebollas, y vuélvela luego y no hagas sino golosinar.

Desconsolado Lázaro toma la llave, sube al aposento y busca su cebolla, mientras el Clérigo devora la cabeza de carnero. Lázaro come la cebolla y se para al lado del Clérigo. Este lo mira.

Clérigo: (Dándole los huesos pelados). Tome, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el Papa.

Lázaro: (En voz baja). Tal te la dé Dios.

Clérigo: (Bebiendo otra copa de vino) Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros. Menester es dormir. (Guarda el vino y el pan en el armario, sube al aposento y cierra la cortina).

Lázaro: Tres semanas llevo y a
 entre huesos y cebolla
 tanta flaqueza formé
 que las piernas se me doblan
 a la sepultura iré
 si mi Dios no me socorre.

La astucia ya no me sirve
 pues el Clérigo del diablo
 gran aguda vista tiene
 las monedas de la misa
 vigiladas las mantiene
 malhaya al sacerdote
 y a la caridad de mientes.

Clérigo: Vamos, mozo, que el deber nos llama. Sacramento daremos a un enfermo.

Lázaro: Sí, mi señor. (Llegan al aposento del enfermo).

Vecinas: Padre, por aquí.

Clérigo: Hermanos, con todo nuestro corazón y buena voluntad, roguemos al Señor por la salud del enfermo. (Rezan, Lázaro cambia la oración pidiendo la muerte del enfermo).

Clérigo: Dice la sagrada escritura en...

Clérigo: Hermano, esperamos que no sea este tu día postrero.

Enfermo: (Se incorpora y balbucea) Gracias, padre.

Vecina 1: Nuevas fuerzas ha cobrado.

Vecina 2; Alabado sea el Señor.

Vecina 3: Aleluya, gloria a Dios.

Lázaro: El Diablo se lo lleve.

El enfermo cae en la cama y se desmaya.

Vecina 1: Pero el mal muy fuerte es.

Vecina 2: Ay, Dios apiadate de él.

Vecina 3: No te lo lledes, Señor.

Lázaro: Sí te lo lledes, Señor.

Clérigo: Entregado ha su alma a Dios.

Vecinos: Ay, Señor.

Lázaro: Aleluya, Gloria a Dios.

Mientras las vecinas rezan, otra va cubriendo al cadáver. Un vecino entra con panes y bebidas. El Clérigo come y el Lázaro lo imita.

Lázaro: [Para el público]. Dios me perdone, que jamás fui enemigo de la existencia humana. Pero cada vez que muere alguien, comemos bien y hartabamos. Dios mío te ruego que cada día mates uno.

Clérigo: A casa, mozo, con Dios andando.

Lázaro: Señor, ¿no queda ningún enfermo para mañana?

Clérigo: No, hijo, el que enfermo estaba, mejor está.

Lázaro: Mañana no como.

Clérigo: ¿Qué dices mozo?

Lázaro: ¿Qué trabajo habrá mañana, señor?

Clérigo: Igual que siempre. Tal es el mandato de Dios. Nosotros sus siervos sacrificados, seguiremos sirviéndole sin disfrutar de los placeres mundanos. Y ahora, Lázaro, adelantate a la casa, que otro asuntillo tengo que atender.

Lázaro: Sí, señor. (Se va el Clérigo). Mezquino. Si no fuera por las personas que he matado con mis oraciones, muerto estaría yo. El Señor los mata para darme vida. Pero el día que no hay entierro, torna mi cotidiana hambre, y más la siento. Y tanta comida guardada en el arcaz. Maldito el Clérigo. (Entra a la casa).

Irme debo de este mezquino amo. Pero yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre, y, dejándole, topé con estroto, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si deste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenecer?

Calderero: Calderero arreglando y adobando los calderos. Hey, mozo, ¿tienes algo que arreglar.

Lázaro: En mí teniades bien que hacer y no haríades poco si me remediáses.

Calderero: Que dices, mozuelo.

Lázaro: Nada, tío, que una llave desde arcaz he perdido, y temo mi señor me azote. Por su vida, vea si en esas que trae hay alguna que le haga, que yo le pagaré.

El cerrajero va probando las llaves, mientras Lázaro invoca a Dios. Finalmente lo abre.

Lázaro: ¡Viva Dios! Tío, yo no tengo dinero que le dar por las llaves, mas tome de ahí el pago.

Calderero: Bien haré, mozo. (Toma un pan grande y se va contento. Lázaro salta del gozo).

Lázaro: Es mejor no toque nada por el presente, que no sea la falta sentida. (Cierra el arcaz y guarda la llave en la ropa).

Clérigo: Que has hecho, mozo, no has limpiado la casa. Mañana amanecerás con la escoba. (Se va a su aposento y Lázaro se acuesta. Parpadean las luces).

Clérigo: La casa limpia, mozo, si penar no quieres.

Lázaro: Sí, amo. (Lo ve irse. Saca la llave y abre el arcaz). Aquí está el paraíso panal. (Saca un pedazo y lo devora; salta de felicidad). Con este remedio remediar he dende adelante mi triste vida. (Barre y tararea contento. Coreografía del barrer). Al final, entra el Clérigo).

Clérigo: Espantado has el polvo, Lázaro. (Va al arcaz y se pone a contar los panes.

Lázaro: (Para sí). ¡Ciégalo, San Juan!

Clérigo: (Después de contar y recontar) Si no tuviera a tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habían tomado della panes; pero de hoy más, solo por cerrar la puerta a la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos:

nueve quedan y un pedazo.

Lázaro: (Para sí). Nuevas malas te dé Dios. (El Clérigo sube a su aposento. Lázaro saca los panes, los cuenta, al corroborar que son nueve, sufre). Comienza otra vez el martirio.

Clérigo: Lázaro, a trabajar. (Salen juntos a la calle). En juego de luces recorren lugares y tiempo). Se escucha la voz del Clérigo: Iube, domne, benedicere. Dóminus sit in conde tuo et in lábiis tuis: ut digne et competéner annunties Evangélium suum: in nomine Patris, ét Filii, ét Spiritus Sancti
Amén

(Salen. Lázaro queda solo con su hambre)

Lázaro: Tres días ha que cebollas sólo como. Moriré encebollado. (Se le ocurre una idea). Este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros. Puédese pensar que ratones, entrando en él, hacen daño a este pan. Sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanto me hace vivir. Esto bien se sufre. (Abre el arcaz, saca cuatro panes, los desmigaja parcialmente, los devuelve al arcaz y se come las migajas). Algo me consuela estas migajas. (Oye venir al Clérigo y sube al aposento. Entra el Clérigo con un bolso y va al arcaz. Al abrirlo se sorprende. Examina los panes, luego mira el arcaz y descubre los agujeros).

Clérigo: Lázaro, Lázaro.

Lázaro: (Corriendo) Diga, mi amo.

Clérigo: Mira, mira que persecución ha venido por nuestro pan.

Lázaro: Ah, ¿y que sería?

Clérigo: ¡Qué ha de ser! Ratones, que no dejan cosa a vida. Pero mira, Lázaro, puedes comerte estos pedazos, que el ratón es cosa limpia. (Raya con un cuchillo lo roído). Pero hoy mismo lo arreglo. (Mientras Lázaro come, el Clérigo busca tablas y martillo y clavos y comienza a clavar.

Lázaro: (Para sí). ¡Oh, Señor mío! ¡A cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos y cuán poco duran los placeres desta nuestra trabajosa vida! Heme aquí que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi lacería y estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando a este mezquino de mi amo y poniéndole más diligencia de la que él de suyo se tenía, agora, cerrando los agujeros del arcaz, cerrase la puerta a mi consuelo y la abriese a mis trabajos.

Clérigo: Agora, donos traidores ratones, les conviene mudar de propósito, que en esta casa mala media tienen. (Sale).

Lázaro examina el arcaz y encuentra que no dejó un solo agujero sin tapar apesadumbrado camina en derredor, cavilando.

Lázaro: El hambre me será luz para encontrar que comer. (Algo se le ocurre y sale. Entra el Clérigo y se dirige a su aposento. Parpadean las luces. Va al arcaz, abre y cuenta los panes. Satisfecho se va a dormir. Lázaro entra en la punta de los pies, se acerca al aposento y

al escuchar los inmediatos ronquidos del Clérigo, se acerca al arcaz, saca un cuchillo viejo y va haciéndole huecos, usándolo como barreno. Luego abre el arcaz, come algunos mendrugos, cierra y se va a su rincón. Parpadean las luces. Otro día. Se levanta el Clérigo y lo primero que hace es cotejar el arcaz. Gran alarido].

Clérigo: ¡Ratones del diablo! Pardiez, ¡qué diremos a esto?
¡Nunca haber sentido ratones en esta casa sino ahora!

Lázaro: (Para sí). Verdad dice, porque los ratones no suelen morar donde hay que comer.

Clérigo: Más clavos y maderas para los malhadados ratones. (Frenético sale en busca de clavos, maderas y el martillo. Montaje coreográfico donde el Clérigo tapa y Lázaro destapa) Cantan.

Lázaro: Donde una puerta se cierra,
otra se abre, no hay madera que aguante, el ataque del hambre.

Clérigo: Tapo, tapo los rotitos
que no entren los ratoncitos.

Lázaro: Destapo, destapo los rotitos
para comer los panecitos.

Clérigo: Maldito sean los ratones.

Lázaro: Bendición a los roedores.
Cuando una puerta se cierra
otra se abre.
No hay madera que aguante
el ataque del hambre.

Clérigo: ¡Basta! Este arcaz está tan maltratado y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón a quien se defienda. Y ya va tal, que si andamos más con él nos dejará sin guarda. Y aún lo peor que, aunque hace poca, todavía hará falta faltando y me pondrá en costa de tres o cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, prepararé una trampa dentro a estos ratones malditos. Lázaro, ve a la vecina y pide una ratonera prestada. [Lázaro, sale]. Ah, y alguna corteza de queso. (Abre el arcaz). Veremos ahora. El gato armaré dentro del arcaz y a los ratones cazaré.

Lázaro: (entrando) He aquí la ratonera y el queso.

Clérigo: (armándola) Esta noche cae el ratón, ya verás, Lázaro, de esta noche no pasa. [Vase]. [Coreografía del ratón. Lázaro saca el pan, se come el queso. Parpadean las luces].

Clérigo: [Entrando con la vecina] Ayer armé la trampa, hoy veremos al ratón. [Abre el arcaz]. Voto al diablo, ¿qué es esto? El pan, ratonado, el queso, comido y el ratón, ido. ¿Qué puede ser comer el queso y sacarlo de la ratonera y no caer ni quedar dentro el ratón y hallar caída la trampilla del gato?

Vecina: En esta casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y ésta debe de ser sin duda. Y lleva razón, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y aunque la coja la trampilla encima, como no entra toda dentro,

tórnase a salir.

Clérigo: (Alterado) Cuadra a todo lo que pasó. Dende esta noche en adelante no dormiré tan a sueño suelto. Un garrote he que me servirá para espantar la culebra. (Salen conversando sobre lo acaecido).

Lázaro: De ratón a culebra. Mala cosa no es si sirve para comer. (Parpadean las luces).

Clérigo: A dormir, Lázaro, vigilaré yo al tal culebrón. Silencio. Ambos en su camas. Lázaro se mueve en su cama. Sale disparado el Clérigo y le entra a garrotazos al arcaz. Gran escándalo. Va a las pajas y las remueve.

Lázaro: ¿Qué sucede, mi señor?

Clérigo: ¿No sentiste nada, Lázaro? Escuché a la culebra y aun pienso se ha de ir para ti a la cama, que son muy frías y buscan calor.

Lázaro: Plega a Dios que no me muerda, que harto miedo le tengo.

Clérigo: No hará tal, que la descalabro. A dormir, mozo, que misa habrá temprano.

Lázaro: (Solo) Miedo que con estas diligencias, tope el Clérigo con la llave, que debajo de éstas pajas tengo. La más seguro es meterla de noche en la boca. Desde que viví con el ciego, la tengo tan hecha bolsa, que ocultar monedas puedo en ella mi boca. (Busca la llave y se la pone en la boca). Segura está. (Se acuesta. A los pocos minutos se duerme. Al respirar con la boca abierta, se produce un silbido. Al cuarto silbido, vemos al Clérigo venir quedo con el garrote en la mano, pensando que es el silbo de la culebra. Se acerca a Lázaro y creyendo tener ahí a la culebra, le descarga tremendo golpe con el garrote. Va y busca lumbre y ve la llave).

Clérigo: Luz, Lázaro, luz que maté a la culebra. (Ve la llave) ¿Qué es esto? (Va y la prueba) El ratón y la culebra que me daban guerra y me comían mi hacienda he hallado. Vecina, vecina, venid. (Al cabo entra la vecina).

Vecina: ¿Y este escándalo, señor, qué es?

Clérigo: A fe que los ratones y culebra que me destruían ya los he cazado. (Le enseña la llave y al Lázaro descalabrado).

Vecina: Dios divino, este mozo astuto es. (Comienza a curarlo. Pues ha tornado en su acuerdo, placera a Dios no será nada. Listo salió, el Lazarillo (Riéndose sale).

Clérigo: (Levatándolo) Lázaro: de hoy más eres tuyo y no mío. Busca amo y vete con Dios. Que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego. (Santiguándose lo echa fuera y se va a su aposento).

Lázaro: (Descalabrado y solo. Parece destruido. Luego canta).

Cuanto una puerta se cierra,
otra se abre.
No hay persona que aguante
el ataque del hambre.
Cuando una puerta se cierra,
otra se abre. (Echa a andar, decidido)

ACTO II

Canción:

Quince días de cama estuve
por el garrotazo aquel
con la ayuda de las gentes
la herida me sané
y entre limosna y limosna
esta verdad comprendí
que cuando se está en desgracia
sólo nos puede salvar
sacar fuerzas de flaqueza
y el destino afrontar.

Lázaro: Una limosnita, por favor.

Vecina: Tú gallofero eres. Busca, busca un buen amo o quien sirvas que sano eres.

Lázaro: (Para sí). ¿Y adónde se hallará ese, si Dios ahora de nuevo, como crió al mundo no lo criase?

Entra el escudero, con razonable vestido. Se miran.

Escudero: Muchacho: ¿buscas amo?

Lázaro: Sí, señor.

Escudero: Pues vente tras de mi que Dios te ha hecho merced en topar conmigo. Alguna buena oración rezaste hoy.

Lázaro: Gracias Dios mío, porque me has enviado el amo que yo había menester.

Caminan hacia una plaza de mercado. El Escudero pasea su vista por las provisiones. Lázaro casi salta de alegría, pero el Escudero no compra nada.

Lázaro: (Para sí). Por ventura no lo ve aquí a su contento y querrá que lo compremos en otro lugar.

Caminan y llegan a la iglesia.

Escudero: Oír misa es menester, muchacho. [Entran. Se escucha un canto gregoriano). Salen. Lázaro sigue al Escudero.

Lázaro: Alegre estoy, porque no nos hemos ocupado en buscar de comer. Debe ser éste mi nuevo amo hombre que se provee en grandes cantidades y ya la comida estará a punto, tal como la he menester.

Llegan a la casa del Escudero. Lóbrega casa.

Escudero: ¿Tienes las manos limpias?

Lázaro: Sí, señor.

Escudero: Ayúdame pues a doblar mi capa. [Así lo hacen y la colocan sobre un banco rústico. Allí se sienta el Escudero].

Escudero: A ver muchacho, ¿de dónde eres y cómo has llegado a esta ciudad?

Lázaro: De Tejares soy, señor. Llegué aquí con un muy buen amo que desgraciadamente murió dejándome desamparado. [Lázaro busca con la vista la comida].

Escudero: Tú, mozo, ¿has comido?

- Lázaro: No, señor, que aún no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré.
- Escudero: Pues, aunque de mañana, yo había almorzado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así. Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos.
- Lázaro: (A punto de desmayarse, pero disimulando). Señor, mozo soy, que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado della hasta hoy día de amos que yo he tenido.
- Escudero: Virtud en ésa, y por esto te querré yo más. Porque el hartar es de los puercos y el comer regaladamente es de los hombres de bien.
- Lázaro: [Para sí]. ¡Bien te he entendido! ¡Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en el hambre!
- Lázaro se sienta en una esquina y saca unos pedazos de pan que tenía escondidos en el seno.
- Escudero: Ven acá, mozo. ¿Qué comes?
- Lázaro: Un poco de pan, señor. [El Escudero toma el pedazo más grandel].
- Escudero: Por mi vida, que parece éste buen pan.
- Lázaro: ¡Y cómo! ¿Agora, señor, es bueno?
- Escudero: Sí, a fe. ¿A dónde lo hubiste? ¿Es amasado de manos limpias?
- Lázaro: No sé yo eso, mas a mí no me pone asco el sabor dello.
- Escudero: Así plega a Dios. (Comienza a devorar el pan). Sabrosísimo pan está, por Dios.
- Lázaro: [Se apresura a comerse el suyo]. Ya sé del pie que éste cojea.
- Escudero se sacude las migajas. Entra a un cuarto pequeño y saca un jarro, bebe de él y le ofrece a Lázaro.
- Lázaro: Señor, no bebo vino.
- Escudero: Agua es. Bien puedes beber. [Lázaro toma].
- Escudero: Mozo, párate allí y verás como hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí en adelante.
- Hacen la cama, que debe mostrar ser muy dura e incómoda.
- Escudero: Lázaro, ya es tarde y de aquí a la plaza hay gran trecho. También en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche, capean. Pasemos como podamos y mañana, venido el día, Dios hará merced. Porque yo, por estar solo, no estoy proveído; antes he comido estos días por allá fuera. Mas agora hacerlo hemos de otra manera.
- Lázaro: Señor: de mi ninguna pena tenga vuestra merced, que sé pasar una noche y aun más, si es menester, sin comer.

Escudero: Vivirás más y más sano, porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco.

Lázaro: (Para sí). Si por esa vía es, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero, en mi desdicha, tenerla toda la vida.

El Escudero se quita la espada y se acuesta.

Escudero: Mozo, puedes echarte ahí a mis pies. [Así lo hace Lázaro. La cama es extremadamente dura. Lázaro se maldice en silencio. Juego de luces que indica el paso del tiempo. Se levantan. El Escudero comienza a limpiar y sacudir sus calzas, jubón, sayo y capa. Lázaro lo ayuda. Le trae agua. Se lava, se peina. Toma la espada].

Escudero: ¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No hay oro en el mundo porque yo la diese. Mas así, ninguna de cuantas Antonio hizo no acertó a ponerle los aceros tan prestos como ésta los tiene. ¿Vesla aquí? Yo me obligo con ella un copo de lana.

Lázaro: (Para sí). Y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras.

Escudero: Lázaro: mira por la casa en tanto que voy a oír misa, y haz la cama y ve por la vasija de agua al río, que aquí bajo está y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, por que si yo viniese en tanto pueda entrar. [Sale haciendo gentiles meneos].

Lázaro: Sí, señor. (Se va el Escudero. Lázaro observa su gentil semblante y continente).
 ¡Bendito seas, Señor, que das la enfermedad y pones el remedio! ¿Quién encontrará a aquel mi señor que no piense, según el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama, y, aunque ahora es de mañana, no le cuenten por muy bien almorzado? Grandes secretos son, Señor, los que haces y las gentes ignoran. ¿A quién no engañara aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensara que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día y una noche en el arca de su seno, donde no se le podía pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos se hacía servir de la falda del sayo? Nadie por ciento lo sospechara. ¡Oh Señor, y cuántos de éstos deben tener por el mundo derramados, que padecen por lo que llaman honra, lo que por ti, Dios, no sufrirían! (Entra a la casa). Vacía está la casa y en vano será esperar que mi amo traiga algo que comer. Mejor será valerme del oficio que el gran maestro el ciego me enseñó. [Sale a la calle y se transforma en mendigo. Pide de puerta en puerta y a los transeúntes]. Una limosnita, en el nombre de Dios, una limosnita para el huerfanito. Una limosnita, para este pobre enfermo. [Le van dando pan y otras vituallas]. Que Dios se lo pague en salud y felicidad. [Repite la letanía varias veces. Cuando considera que ha recogido suficiente, regresa a la casa. Al llegar el Escudero está paseándose].

Escudero: ¿De do vienes, mozo?

Lázaro: Señor: hasta que dio las dos estuve aquí, y de aquí vi que Vuestra Merced no venía, fuime por esa ciudad a encomendarme a las buenas gentes, y hanme dado esto que ve.

Escudero: Pues esperado te he a comer, y de que vi que no viniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso. Que más vale pedirlo por Dios que no hurtarlo. Y así él me ayude como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca a mi honra. Aunque bien creo que será secreto, según lo poco que en este pueblo soy conocido. ¡Nunca a él yo hubiera de venir!

Lázaro: Deso pierda, señor, cuidado, que maldito aquél que ninguno tiene de pedirme esa cuenta ni yo de darla.

Escudero: Agora, pues, come, pecador. Que, si a Dios place, presto nos veremos sin necesidad. Aunque te digo que después que en esta casa entré nunca bien me ha ido. Debe ser de mal suelo. Que hay casas desdichadas y de mal pie, que a los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe ser, sin duda, dellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella aunque me la den por mía.

Lázaro ha comenzado a comer. El Escudero lo mira con ojos de perro hambriento. Lázaro se conduele, pero no se atreve a convidarlo.

Escudero: Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre y que nadie te lo verá hacer que no le pongas gana aunque no la tenga.

Lázaro: (Para sí). "Las ganas que tú tienes te hace parecer la mía hermosa". Señor: el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo y esta uña de vaca tan bien cocida y sazónada que no habrá a quien no convide con su sabor.

Escudero: ¿Uña de vaca es?

Lázaro: Sí, señor.

Escudero: Dígote que es el mejor bocado del mundo y que no hay faisán que así me sepa.

Lázaro: Pues pruebe, señor, y verá que tal está.

Escudero comienza a comer.

Escudero: Singular manjar es éste por la salsa de almodrote.

Lázaro: (Para sí). "Por la salsa del hambre lo comes tú".

Escudero: Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera comido bocado.

Lázaro: Alabado sea el Señor. (El Escudero entra al cuartucho a lavarse). Mira el desastre mío. Agora soy yo quien mantiene al amo. Con todo lo quiero bien por es pobre y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego, y el malaventurado mezquino clérigo, que, con dárselo Dios a ambos, me mataban de hambre, aquéllos es justo desamor y a este de haber compasión. Solo tengo de él un poco de descontento. Que quisiera yo que no tuviera tanta presunción, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad. Mas, según me

parece, es regla ya entre ellos usada y guardada. Aunque no tengan moneda, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Escudero: Vamos, Lázaro, a misa. (Caminan a la plaza. Se presenta un pregonero).

Pregonero: Decreto oficial del Santo Ayuntamiento de la insigne ciudad de Toledo. Por la presente se comunica a todos los extranjeros pobres que en esta ciudad de Toledo, estén, que abandonen la misma a partir del anuncio de esta ley. El que fuese encontrado pidiendo limosna de aquí en adelante, será castigado con 100 azotes. Y para que sea de todos conocido, se proclamará en las plazas y mercados de la ciudad. Decreto oficial....(El Pregonero continua con el pregón. Lázaro se pega espantado al amo. Giran y se dirigen a su casa).

Canción:

Dolor nos causa el pregón
pues quiere la mala fortuna
que nos quiten la ventura
de pedir para yantar
malhaya la prohibición
hambre tendremos sin par
sin comida y sin hablar
pasaremos la semana.

Escudero: Sin embargo, amigo mío
a nadie se lo diremos
pues la honra es lo primero
y más nos vale mostrar
que vivimos como reyes
aunque seamos pordioseros.

Escudero: Malo está de ver, que la desdicha desta vivienda lo hace. Como ves es lóbrega, triste, oscura. Mientras aquí estuviéramos, hemos de padecer. Ya deseo que se acabe este mes por salir de ella. [Sale].

Lázaro: Lástima he del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que ha probado. Y sin embargo, hay que velo por la calle abajo, con estimado cuerpo, y con una paja, escarbando los dientes, que nada entre sí tienen, más largo que galgo de buena casa. Y todavía se queja del mal solar, echándole la culpa a la casa. ¡Alabado sea el Señor y maldita sea esta sufrida y hambrienta persecución!

[Entra el Escudero ufano y risueño porque consiguió un real]

Escudero: Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano: ve al mercado, compra pan y vino y carne, ¡quebrems el ojo al diablo! Y mas te hago saber porque te huelgues: que he alquilado otra casa y en ésta desastrada no hemos de estar más de en cumpliendo el mes. ¡Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré! Por nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido no he habido descanso ninguno, mas, ¡tal vista tiene y tal oscuridad y tristeza! Ve y ven pronto, y comamos hoy como condes.

Lázaro: Sí, señor. (Agarra el jarro y sale dando saltos de contento. Se acerca a una vecina en el mercado y

compra los viveres y el vino. Cuando regresa se encuentra con un entierro).

Viuda: Marido y señor mío: ¿a dónde te llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura donde nunca comen ni beben!

Lázaro: (Despavorido) ¡Oh, desdichado de mí! Para mi casa llevan este muerto! [Corre asustado mientras la procesión continua]

Lázaro: ¡Señor, señor!

Escudero: ¿Qué es eso, mozo? ¿Qué voces das? ¿Qué has? ¿Por qué cierras la puerta con tal furia?

Lázaro: ¡Oh, señor acuda aquí, que nos trae acá un muerto!

Escudero: ¿Cómo así?

Lázaro: Aquí arriba lo encontré y venía diciendo su mujer: "Marido y señor mío: ¿a dónde te llevan? ¡A la casa lóbrega y oscura, a la casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben". Acá, señor, nos le traen.

Risa del Escudero por largo rato.

Escudero: Verdad es, Lázaro, según la viuda lo va diciendo, tú tuviste razón de pensar lo que pensaste, mas, pues Dios lo ha hecho mejor, abre y vamos a comer.

Lázaro: Déjalos, señor, acaben de pasar la calle.

Pasa el entierro con su letanía. Ellos se ponen a comer.

Escudero: Sabrás, Lázaro, que soy de Castilla la Vieja, donde tengo hacienda, mas he dejado mi tierra por no quitar el bonete a un caballero mi vecino.

Lázaro: Señor, si él era caballero y tenía más que usted, ¿no erraba usted en no quitárselo primero, pues que él también se lo quitaba?

Escudero: Sí es y sí tiene y también me lo quitaba él a mí; mas, de cuantas veces yo se lo quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano.

Lázaro: Parésememe, señor, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo y que tienen más.

Escudero: Eres muchacho y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues te hago saber que yo soy, como ves, un Escudero, mas votote a Dios, si el conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algún negocio, o atravesar otra calle, si la hay, antes que llegue a mí, por no quitárselo. Que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho a su persona. Acuérdomeme que un día deshonré en mi tierra a un oficial y quise poner las manos porque cada vez que le topaba me decía: Mantenga Dios a vuestra merced. "Vos, don villano ruin-le dije yo-¿por qué no sois bien criado?"

¿Mantengaos Dios" me habeis de decir como si fuese quienquiera? De allí en adelante, de aquí acullá, me quitaba el bonete y hablaba como debía.

Lázaro: ¿Y no es buena manera de saludar un hombre a otro decirle que le mantenga Dios?

Escudero: ¡Mira mucho de enhoramala! A los hombres de poca arte dicen eso; mas a los más altos, como yo, no les han de hablar menos de "Beso las manos a vuestra merced" o por lo menos "Besos, señor las manos", si el que habla es caballero. Y así, aquél de mi tierra que me hartaba de mantenimiento nunca más le quise sufrir, ni sufriría, ni sufriré a hombre del mundo, del rey abajo, que mantengaos Dios me diga.

Lázaro: (Para sí). Pecador de mi, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufre que nadie se lo ruegue.

Escudero; Mayormente que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas que, a estar ellas en pie y bien labradas, valdrían más de doscientas veces mil maravedís, según se podrían hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que, a no estar derribado como está, daría cada año más de doscientos palominos. Y otras cosas que me callo, que dejé por lo tocaba a mi honra. Y vine a esta ciudad pensando que hallaría un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia mucho hallo, mas es gente tan limitada, que no los sacarán de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan, mas servir con éstos es gran trabajo. Porque de hombre tiene uno que convertirse en mulilla, en el que lo hace todo y sin o "Anda con Dios" te dicen. Y las más veces son los pagamentos a largos plazos, y las más y las más ciertas comido por servido. Ya, cuando quieren reformar conciencia y satisfacer tus sudores, te pagan en la recámara, con un sudado jubón o raída capa o sayo. Ya, cuando asienta un hombre con un señor de título, todavía pasa su lacería. ¿Pues, por ventura, no hay en mi habilidad para servir y contentar a éstos? Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentirle tan bien como otro y agradarle a las mil maravillas. Le reiría mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo. Nunca decirle cosa que le pesase, aunque mucho le cumpliese. Ser muy diligente en su persona, en dicho y hecho. No me matan por no hacer bien las cosas que él no habría de ver. Y ponerme a reñir, donde lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba. Si riñese con algún su criado, agrandar los hechos con mala intención para le encender la ira y que pareciesen en favor del culpado. Decirle bien de lo que bien le estuviese y, por el contrario, ser malicioso, mofador, delatar a los de casa y a los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas y otras muchas galas de esta calidad, que hoy día se usan en palacio y a los señores parecen bien. Y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos, antes los aborrecen y tienen en poco y llaman necios y que no son personas de negocios ni con quien el Señor se puede descuidar. Y con éstos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que yo usaría, mas no quiere mi fortuna que le halle.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PP

Entran un hombre y una vieja.

Hombre: Señor Escudero, vengo por el alquiler de la casa.

Vieja: Y yo, por el de la cama.

Hombre: Haciendo cuentos, debeme nueve reales.

Vieja: Y a mi, cuatro.

Escudero: Pagados serán ambos. Agora saldré a la plaza a cambiar una pieza de a dos, y si vuelven a la tarde, tendrán su pago.

Hombre y
Vieja: Así haremos. [Vanse].

Escudero: Lázaro, esperar has aquí. (Vase. Lázaro recoge la comida y entra al cuarto. Juego de lucés).

Hombre y
Vieja: ¿Mozo, y el Escudero?

Lázaro: Aún no es venido.

Hombre y
Vieja: Por el alguacil, iremos. [Vanse y regresan con el alguacil. Lázaro ha llamado a la vecinal].

Lázaro: Vecina, ayúdeme por Dios.

Vecina: Tranquilo, mozo.

Alguacil: ¿Do está el Escudero?

Vecina: Este es su mozo y la llave de la puerta.

Alguacil: Tú, mozuelo, contesta, ¿do está tu amo?

Lázaro: No se adonde está y tampoco ha vuelto a casa desde que salió a cambiar pieza. Pienso que de mi y de ustedes se ha ido con el truco.

Hombre y
Vieja: Embarguemos sus haberes.

Alguacil: Procedamos. [Entran a la casa y la encuentran vacía].

Alguacil: ¿Qué es de la hacienda de tu amo: sus arcas y tapices y alhajas de casa?

Lázaro: No sé yo eso.

Hombre y
Vieja: Sin duda, esta noche lo deben haber quitado y llevado a alguna parte. Señor alguacil: prended a este mozo, que él sabe donde está.

Alguacil: (Agarrándolo por la camisa) Muchacho: tú eres preso sino descubres los bienes de tu amo.

Lázaro: (Llorando) No, preso, no. Les prometo decir todo lo que pregunten.

Hombre y
Vieja: Bien está. Habla, pues de todo lo que sabes y no hayas temor.

Lázaro: Señores, lo que éste, mi amo tiene, según él me dijo, es un muy buen solar de casas y un palomar derribado.

Hombre y
Vieja: Bien está. Por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y en qué parte de la ciudad tiene eso?

Lázaro: En su tierra.

Hombre y
Vieja: Por Dios, que está bueno el negocio. ¿Y adónde es su tierra?

Lázaro: De Castilla la Vieja me dijo él que era.

Alguacil: (Riéndose). Bastante relación es ésta pra cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese.

Vecina: Señores: éste es un niño inocente y ha pocos días está con ese Escudero, y no sabe del mar que ustedes, sino cuando el peadorcico se llega aquí a nuestra casa y le damos de comer lo que podemos, por amor de Dios, y a las noches se iba a dormir con él.

Alguacil: Libre quede el muchacho. Y ustedes, pagenme mis derechos.

Hombre y
Vieja: (Escandalizados). ¿Pagar? No estamos obligados, porque no hay de que si no se hace el embargo.

Alguacil: Mas yo he dejado de ir a otro negocio, que me importaba más, por venir a éste. [Se van discutiendo con gran ruido]

Lázaro: Canción

Así me dejó mi amo tercer
y conocí mi dicha ruin
todo me pasa al revés
de los mozos es común al huir
y éste me dejó y huyó de mi.
Hube de buscar un amo nuevo
y un fraile de la merced hallé
gran amigo de andar fuera
y pariente de muchas mujeres.
Con su trote no duré
y al cabo lo abandoné
cuando un buldero de vergonzado
para desdicha me encontré.

Buldero: Escucha, bien, Lázaro, y verás como ayudarme en las sùtiles invenciones para que nos tomen las bulas. Entrando en los lugares do hemos de presentar, las bulas, primero regalaremos a los clérigos y a los curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni sustancia: una lechuga murciana, si es por el tiempo, un par de limas o naranjas, un melocotón, un par de duraznos o sendas peras verdinales. Así los tendremos propicios, porque nos favorezcan y llamen a sus feligreses a tomar la bula.

Lázaro: Sí, señor Buldero.

Buldero: De hablar, déjalo a mi, que si menester es el latín, haré entre ellos un Santo Tomás. Mañana, pues, iremos a la Sagra de Toledo donde ha tres días predico y ni el diablo ha tomado bula. Mañana he convidado al pueblo para despedir la bula. He aquí al Alguacil. Ah, señor Alguacil, menester es jugar la colación a ver quien pagará lo que bebamos después de la cena.

Alguacil: Buen vino beberé hoy.

Buldero: Y pagarás por él.

Alguacil: Voto a Dios que el pagano no seré yo.

Buldero: Eh, un momento, y esa carta que has sacado bajo la manga.

Alguacil: ¿Cuál carta?

Buldero: Esa, ladrón infame.

Alguacil: Ladrón, yo. Aquí el único ladrón eres tú, falsario. [Forcejean, los vecinos intervienen, se maldicen mutuamente].

Buldero: Maldito seas, ladrón.

Alguacil: Ese hombre es un falsario, oiganlo todos, y las bulas que predica son falsas.

[Los vecinos se llevan al Alguacil, quien sigue vociferando contra el Buldero, quien a su vez es arrastrado por Lázaro y otro vecino. Juego de luces. Sonido de campanas. Lázaro sale.]

Lázaro: Vengan, vengan todos a despedir la santa bula, vengan. [Algunos vecinos se acercan].

Vecino: Falsas son las bulas, el mismo Alguacil, riñendo lo ha descubierto.

Buldero: (Colocándose en el púlpito) Hermanos, el tiempo llegado es para no quedarse sin tanto bien e indulgencia como la santa bula trae.

(Entra el Alguacil rodeado de otros vecinos).

Alguacil: Buenos hombres: oíganme una palabra, que después oirán a quien quisieran. Yo vine aquí con este echacuervo que les predica. El cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio que partiríamos la ganancia. Y ahora, visto el daño que haría a mi conciencia y las haciendas de ustedes, arrepentido de lo hecho, les declaro claramente que las bulas que predica son falsas y que no le crean ni le tomen, y que yo, directa ni indirectamente, no soy parte de ellas, y que desde ahora dejo la vara, y doy con ella en el suelo. Y sin en algún tiempo éste fuere castigado por la falsedad, que ustedes me sean testigos cómo yo no soy con él ni le doy a ello ayuda, antes les desengaño y declaro su maldad.

[Murmullos, escándalo].

Buldero: Mando a todos, so pena de excomunión, que no le estorben y que le dejen decir todo lo que quisiese.

Alguacil: Harto hay más que decir de esta falsedad, mas por agora basta.

Buldero: (Hincándose en el púlpito). Señor Dios, a quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y a quien nada es imposible, antes todo posible: tú sabes la verdad y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que a mi toca, yo lo perdono, porque tú, Señor, me perdones. No mires a aquél que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria a ti hecha te suplico y por justicia te pido no disimules. Porque alguno que esté aquí, que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito a las falsas palabras de aquel hombre lo dejará de hacer. Y, pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules; mas luego muestra aquí milagro y sea desta manera: que si es verdad lo que aquél dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo y me meta siete estados bajo tierra, do él ni yo jamás parezcamos; y si es verdad lo que yo digo y aquél, persuadido del demonio, por quitar y privar a los que están presentes de tan gran bien, dice maldad, también sea castigado y de todos conocida su maldad. (Apenas termina de hablar el Alguacil, cae con gran estruendo al piso, con espasmos y botando espuma por la boca. Gran escándalo).

Vecino 1: El Señor le socorra y valga.

Vecino 2: Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

[Tratan de calmarlo. Tira golpes a lo loco. Mientras el Buldero está en divina contemplación].

Vecino 3: Buen Buldero, socorre a ese hombre, que se muere.

Vecino 4: No mires las cosas pasadas y sus dichos malos, pues ya pagó.

Vecino 5: Por el amor de Dios, socorrello que ya se ve que la culpa es del culpado y la bondad suya.

Buldero: Buenos hombres: nunca se debe rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha manifestado; mas, pues El nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podemos suplicarle que cumpla lo que nos manda y Su Majestad perdone a éste que le ofendió poniendo en su santa fe obstáculo. Vamos todos a suplicarle.

[Todos se arrodillan. El Buldero baja del púlpito. Se comienza una letanía].

Buldero: Señor Nuestro, Dios Omnipotente, te suplicamos por este pecador, pues no queremos su muerte, sino su vida y arrepentimiento, perdónalo Señor y lanza de tal demonio para que vuelva en su salud y sano juicio, perdónalo Dios mío, para que se arrepienta y confiese sus pecados...
Lázaro, tráeme la bula.

Lázaro: Aquí está, señor.

Buldero: Muestra tu poder, oh Dios. [El Alguacil comienza a recuperar].

Vecinos: ¡Milagro, milagro!

- Alguacil: Perdón, mi señor, perdón. Todo cuanto dije fue por la boca y mandamiento del demonio, lo uno, por hacerle daño a mi señor Buldero, y lo más principal, porque el demonio recibe mucha pena del bien que reciben los que toman las bulas. Perdón.
- Buldero: Perdonado, estás hermano. Le hemos ganado otro al demonio.
- Vecinos: Las bulas, queremos las santas bulas.
- Buldero: Lázaro. [Lázaro las busca y va vendiéndolas entre todos que salen beatificados. Al irse todos].
- Buldero: A ver, Lázaro, dame el dinero. Buen recaudo ha habido. Voto a Dios sino echo otras tantas mil bulas sin predicar sermón.
- Alguacil: (Riéndose). Bien ha salido el truco. Vámonos a celebrar. [Vánse].
- Lázaro: ¡Cuántas de estas bulas deben hacer estos burladores entre la inocente gente!

Canción:

De las bulas tan famosas
finalmente me cansé
que engañar a los cristianos
me parece poca fé
busqué entonces nuevo amo
y con un capellán asenté
un asno puso en mi mano
y a vender agua comencé
fume tan bien en el oficio
que las ganancias ahorré
nueva ropa he adquirido
y una espada me compré
en la escuela de la vida
mi primer escalón logré
voy hacia nuevos laureles
y Don Lázaro seré.

[Lo visten de acuerdo a su nueva posición social.]

- Amigo 1: Lázaro, amigo, tus trabajos y fatigas son pasados. Un oficio tendrás.
- Amigo 2: Tu cargo será el de pregonar los vinos que esta ciudad se vende.
- Amigo 1: Y en almonedas y cosas perdidas.
- Amigo 2: Acompañar a los que padecen persecuciones por justicia.
- Amigo 1: Y declarar a voces sus delitos.
- Amigo 2: Pregonero.
- Amigo 1
y 2: Hablando en buen romance.
- Amigo 2: Y ahora, Lázaro, ve a donde el señor Arcipreste de San Salvador.
- Amigo 1: Quien quiere hablarte porque tiene noticia de tu persona.

Amigo 2: Ve, pregonero.

Amigo 1: Pregonero

[Va hasta la casa del Arcipreste. Allí está éste con la criada].

Arcipreste: Noticias he de tu habilidad y buen vivir, Lázaro de Tormes.

Lázaro: Favor que me hace, mi señor.

Arcipreste: Decidido he que me pregones mis vinos.

Lázaro: Leal servidor seré.

Arcipreste: Y como hombre solo es como árbol sin hojas, te ofrezco a mi criada en matrimonio. Fuerte es y trabajadora.

Lázaro: De usted sólo me puede venir el bien.

Arcipreste: Hecho. Aquí al lado de mi casa, hay una casilla que puedes alquilar, para que tu esposa me pueda guisar de comer y hacerme la cama. Además, podeis venir a comer a mi casa los domingos.

Lázaro: Bondad que me hace, mi señor. [Sale con la criada de la mano. Pasean por el escenario mientras amigos y vecinos los acompañan. Se escuchan murmullos].

Voz 1: Cuidado, Lázaro, que tu mujer está en guisos con el Arcipreste.

Voz 2: Ojo, Lázarillo, que le hace y le deshace la cama.

Voz 3: Pregonero, en el ojo te meten el dedo.

(Risas, murmullos, comentarios).

Arcipreste: Lázaro de Tormes: quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca prosperará. Digo esto porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir de ella... Ella entra muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que puedan decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho.

Lázaro: Señor, yo determiné arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por más de tres veces me han certificado que antes que conmigo casase había parido tres veces, hablando con referencia de Vuestra Merced, porque ella está delante.

Esposa: (Llorando en gritos). Oh, maldición sobre mi y sobre quien me casó con este hombre. Ojalá y la casa se hunda con nosotros.

Lázaro: Perdome, esposa mía.

Esposa: Ingrato, infiel, imbécil.

Lázaro: Te juro por Dios que nunca más en mi vida te mentaré nada de eso.

Arcipreste: Cálmate, mujer y escucha a tu esposo.

Lázaro: Yo he por bien que tú entres y salgas, de noche y de día, de la casa de mi señor Arcipreste, pues estoy bien seguro de su bondad.

Esposa: ¿De verdad lo dices, Lázaro?

Lázaro: Como que hay un Dios en el cielo.

Arcipresté: Bien, no se diga palabra alguna y quedemos los tres conformes.

(Lázaro sale contento. Se encuentra con amigo. Atrás quedan el Arcipreste y la esposa muy acaramelados).

Amigo: Lázaro, sabes que tu mujer...

Lázaro: Mira, si eres mi amigo, no me digas cosa que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente, si me quieren meter mal con mi mujer. Que es la cosa que yo más quiero y la amo más que a mi, y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco. Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como cualquiera en Toledo. Quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él.

Canción final:

Me mataré con aquel
que me hable mal de mi mujer
pues buena a no dudar
y sobre todo me es muy fiel.
Feliz ya soy sin discusión
oficio tengo a mi haber
casa tranquila y buen comer
amigos muchos y mi señor
el Arcipreste de mi querer
que me ha ayudado a progresar
buena fortuna y prosperidad
nada más es menester.

Coro:

Lázaro es ya un buen señor
dueño de casa y de mujer
desde pequeño él aprendió
que en la vida triunfa aquel
que a los buenos se arrimó
y sin decir palabra más
vive feliz en su ilusión.

Repite Lázaro y coro:

Y hasta aquí llega nuestra función
historia buena para gozar
llegó el momento de descansar
adiós amigos y ya telón.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PP